GUERREROS MEDIEVALES

Gonzalo Fernández de Córdoba

El Gran Capitán

MWE071



OSPREY
PUBLISHING

Gonzalo Fernández de Córdoba

El Gran Capitán

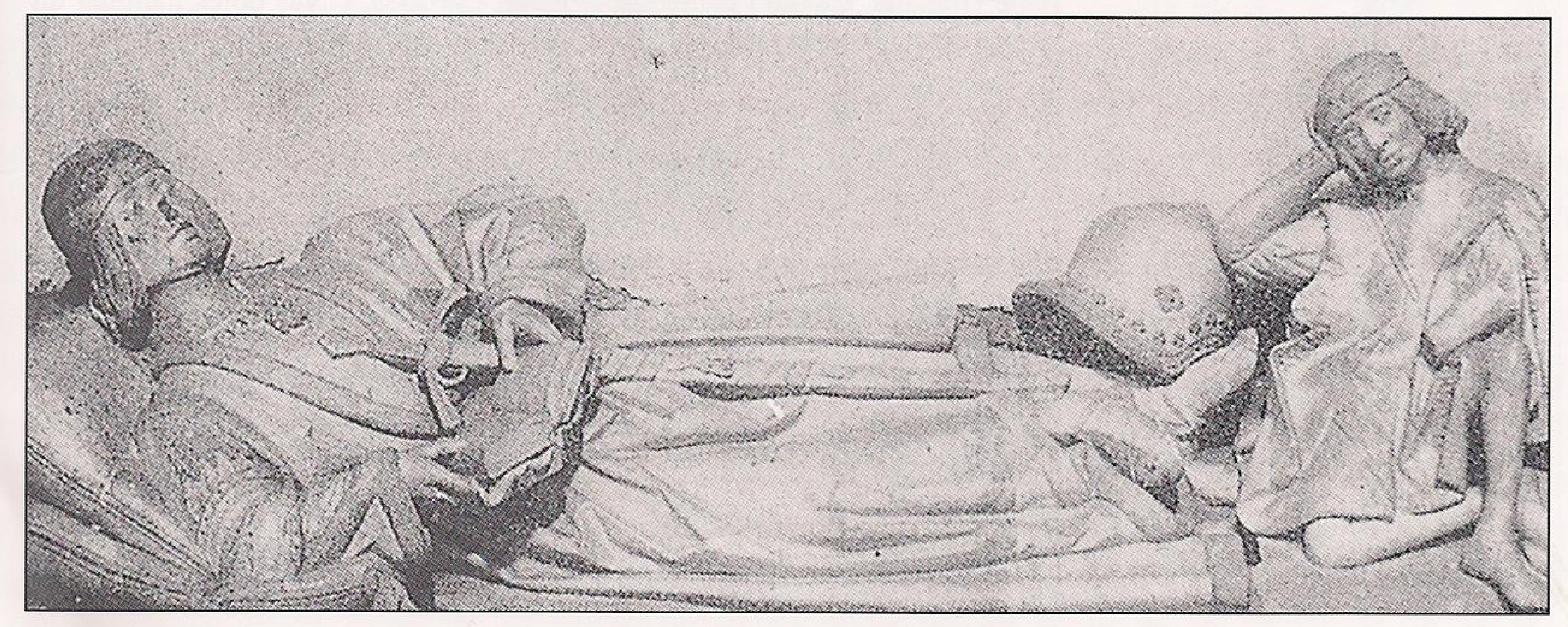
El Gran Capitán es el merecido apodo de uno de los mejores soldados de la historia española, que ha sido también llamado "el primer general moderno", "el padre de la guerra de trincheras" y "el Wellington español", así como otros varios títulos honorables cuando no muy significativos. En todos los aspectos, fue un comandante excelente y un innovador muy perspicaz. Puede que fuera el primer general que ideó un sistema para explotar las armas de pólvora con éxito en un ejército de finales de la Edad Media, y se convirtió en uno de los pioneros de la "revolución militar" del Renacimiento. Como también parece que tuvo todas las características necesarias de un gran héroe público, "apuesto, generoso, valiente y temerario", es extraño que, exceptuando a los historiadores, no sea más conocido fuera de España.

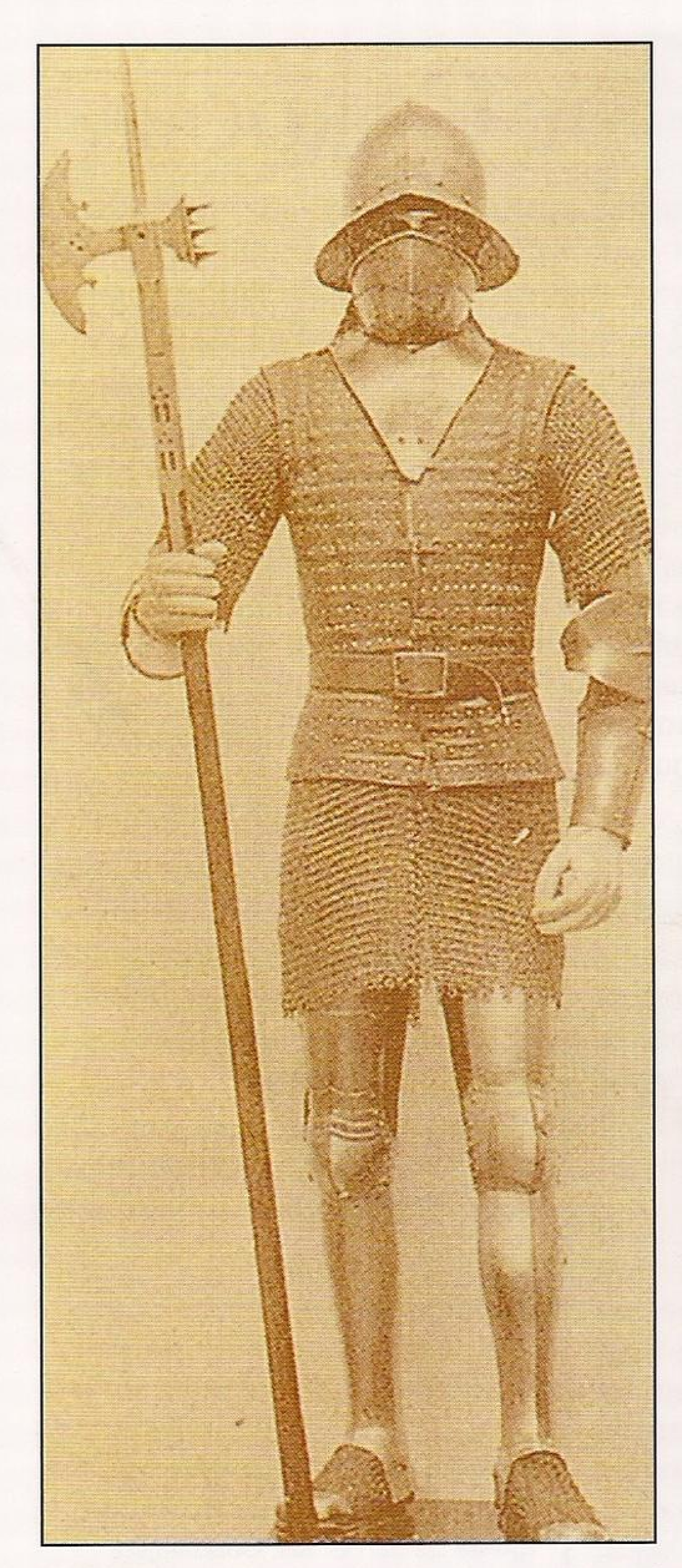
Siervo de España

Gonzalo era el hijo menor de un noble español, y su madre era de una familia aún más distinguida, los Enríquez, almirantes hereditarios de Castilla emparentados con la dinastía reinante. Nació cerca de Córdoba en marzo de 1453, y su padre murió cuando él y su hermano mayor, Alonso, todavía eran niños. Los dos hermanos estaban muy unidos, y cuando Alonso, como primogénito, heredó el título de su padre, conde de Aguilar, su fortuna y sus extensas propiedades, siempre fue muy bondadoso y generoso con su hermano menor.

Como hijo menor, Gonzalo Fernández tuvo que abrirse camino en la vida, y la única alternativa a la iglesia era una carrera en el servicio real. En un principio sirvió en la casa del hermano del rey, pero cuando éste murió entró al servicio de Isabel, que más tarde se convirtió en reina de Castilla y, con su matrimonio con Fernando de Aragón, de un reino español unido. Tomó parte en las guerras civiles que impusieron la doble monarquía a sus "súbditos demasiado poderosos" en Castilla, y que tuvieron como resultado el que las órdenes militares fueran cayendo gradualmente bajo el control de la monarquía, que también consiguió el dominio en las Cortes. El caso de Aragón, donde la nobleza era aún más poderosa, era muy dife-

Sepulcro de Don Iñigo López de Mendoza, primer conde de Tendilla. Iglesia de San Ginés, Guadalajara. (Fotografía: David Nicolle)





Soldado de infantería español de finales el siglo XV. Lleva una armadura y un capacete con una babera para proteger su garganta.

rente, pero la inauguración de la Inquisición Española (1480), autorizada por el papa pero controlada por la monarquía, aumentó mucho los poderes de la Corona.

En estas guerras civiles, Gonzalo Fernández de Córdoba aprendió primero su oficio, sirviendo bajo el Gran Maestre de la Orden de Santiago, Don Alonso de Cárdenas, que se formó una buena opinión de sus cualidades militares. Siempre estaba en primera línea, dijo Cárdenas, y quizá destacara más debido al esplendor de su armadura. Ya desde muy joven Córdoba, que era un hombre muy perspicaz, comprendió el hecho de que con un poco de teatralidad y un despliegue de energía y valor se ganaría el respeto y la lealtad de sus hombres y de los demás oficiales. Dicen que durante el asedio de Monte Frío fue el primer hombre que subió a las murallas y que muchas veces no se preocupaba por su seguridad.

Estos esfuerzos no fueron vanos. Cuando, durante el sitio de Granada, fue desarzonado en un choque de caballería fuera de la ciudad, uno de sus seguidores le salvó la vida a costa de la suya.

La Reconquista

Además de conseguir un sólido gobierno central, la unión de las dos coronas españolas fue decisiva en otro aspecto. Aunque el efecto pudo no ser inmediatamente evidente, significó el final del último reino musulmán superviviente en España, Granada.

La conquista de Granada, el último episodio de la Reconquista, requirió más de diez años de dura lucha (1481-92), y un tren de sitio de casi 200 cañones para derrotar las fortalezas moras que habían resistido a los cristianos durante siglos. La conquista no sólo selló la unificación de España, forjó el poder militar que dominaría a Europa durante un siglo y medio, y también permitió que el hombre que más tarde sería llamado *El Gran Capitán* se forjara una reputación.

La guerra fue una cuestión de fronteras (y lealtades) variables, de ataques por sorpresa, incursiones y asedios, más que grandes batallas campales. Gonzalo Fernández de Córdoba sirvió todo el tiempo en un mando subordinado, bajo su antiguo mentor, el Maestre de Santiago, que sufrió una derrota desmoralizante en las montañas de Málaga, y bajo su hermano Alonso, conde de Aguilar, o el capitán general Don Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla. Estuvo al mando del puesto avanzado de Ilora, tomado en 1486, y dirigió la escolta de la reina cuando ésta quiso ver cómo estaba progresando el sitio de Granada. Cuando concluyó el joven Córdoba, cuyas dotes incluían un buen conocimiento del árabe, fue nombrado como uno de los negociadores de las condiciones de rendición, y posteriormente se le concedieron tierras en recompensa de sus servicios.

Fernández de Córdoba era el hombre de la reina. Su relación recuerda las tradiciones de la caballería medieval y tiene cierta semejanza con la relación entre la reina Isabel de Inglaterra y Sir Walter Raleigh. La historia indica que Isabel era una excelente jueza de hombres. El descubrimiento de América no habría sido posible sin su patrocinio de Colón, y el sorprendente, por no decir controvertible, nombramiento de Gonzalo para dirigir el cuerpo español enviado en ayuda del reino aragonés de Sicilia (1495), habiendo tantos generales mayores y más experimentados que él, se puede atribuir al juicio agudo de la reina Isabel y a su enérgico apoyo.

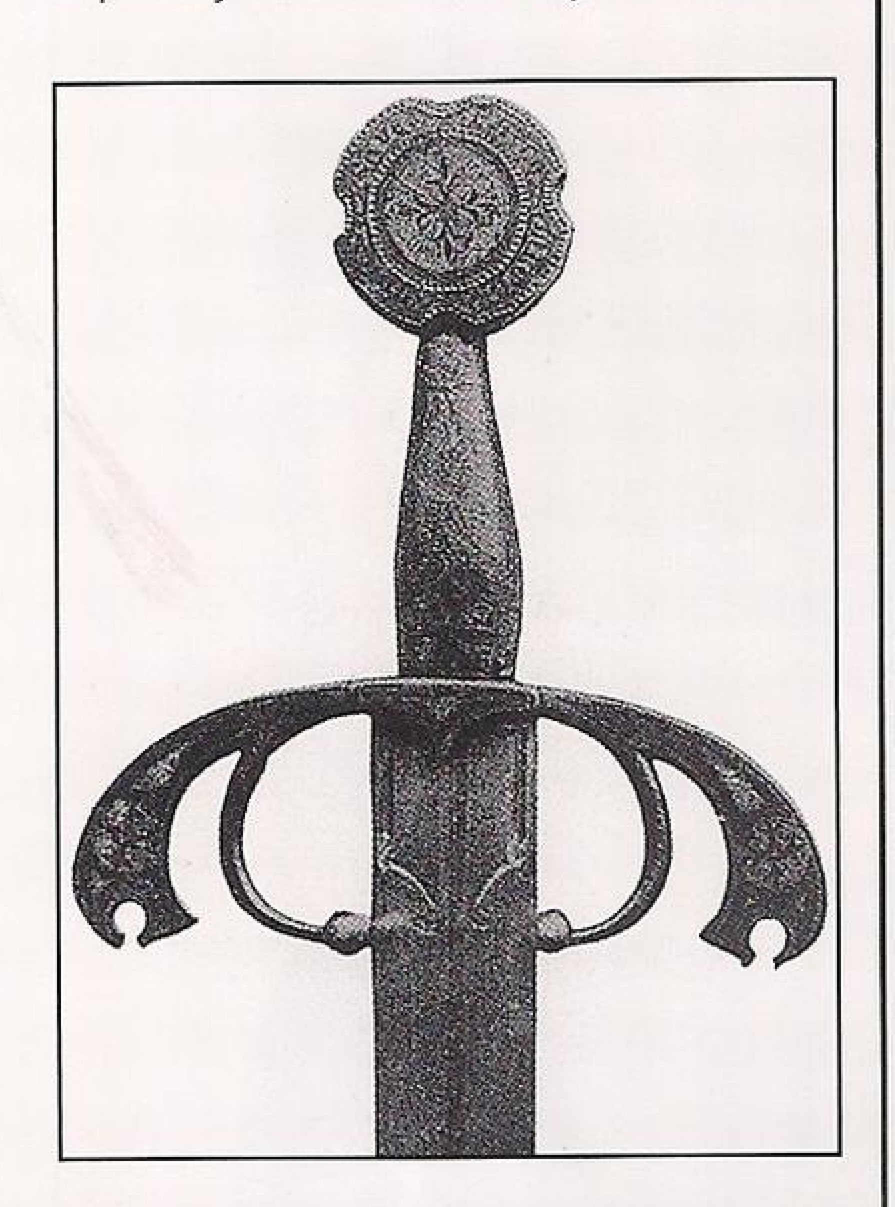
Las guerras italianas

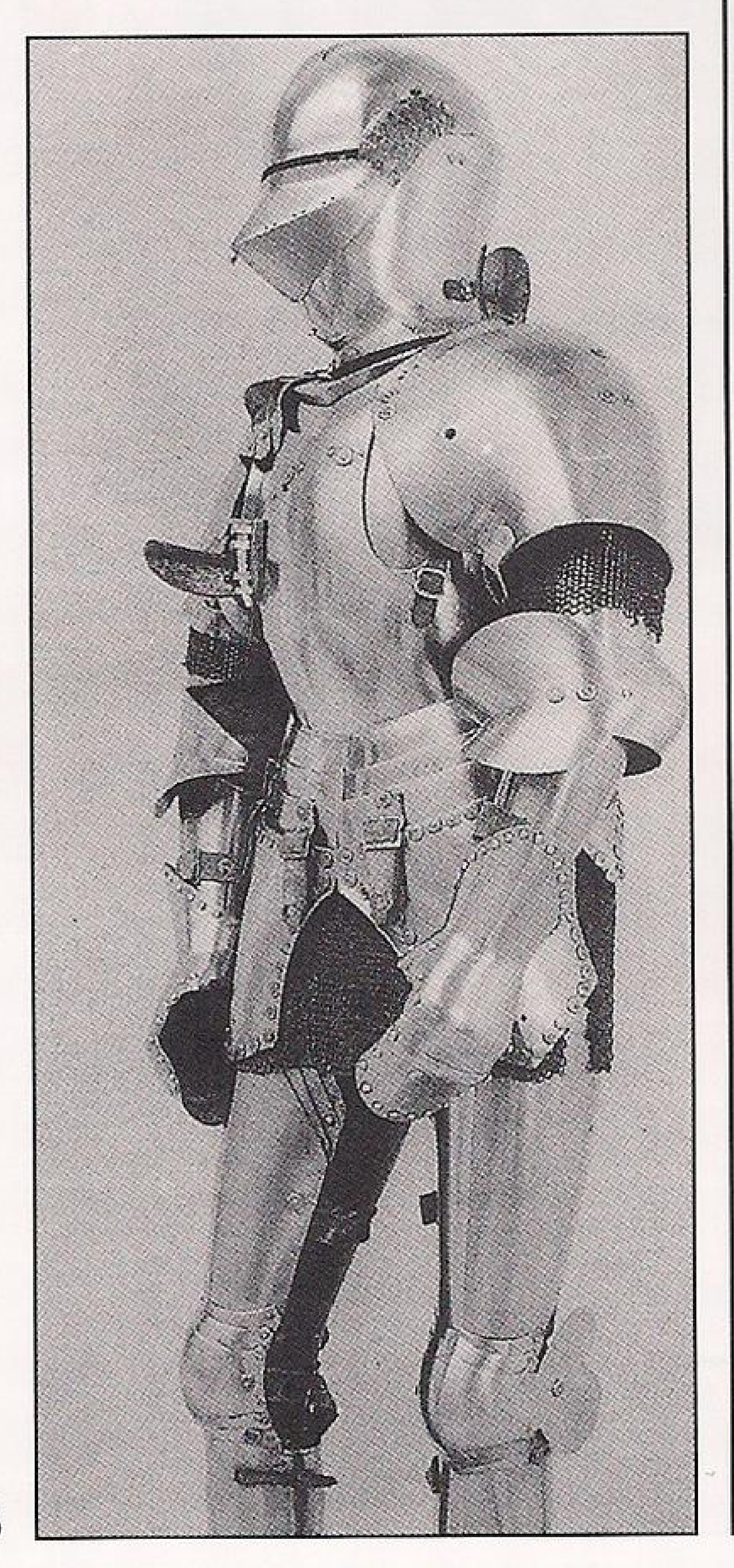
La invasión de Italia por Carlos VIII de Francia en 1494, que conmocionó a toda Europa, fue uno de los indicadores, junto con otros acontecimientos,



Gonzalo Fernández de Córdoba, *El Gran Capitán* (1453-1515).

Espada y armadura del rey Fernando.





como el descubrimiento de Norteamérica y la caída de Granada, del final de la Edad Media y los albores de la Edad Moderna.

Italia estaba dividida en varios estados más o menos independientes, pero había un sentimiento creciente de identidad italiana común, que sin embargo no impidió numerosas guerras entre los estados. Esta curiosa aventura militar de un ambicioso y testarudo joven rey francés pareció al principio menos alarmante a los italianos que la continua amenaza de los turcos.

El objetivo de Carlos era Nápoles, el mayor estado de Italia, a cuya corona tenía heredado el derecho, pero como invadió Italia desde el norte, entrando en Lombardía tras cruzar los Alpes, tuvo que recorrer gran parte del resto de la península antes de alcanzar su objetivo.

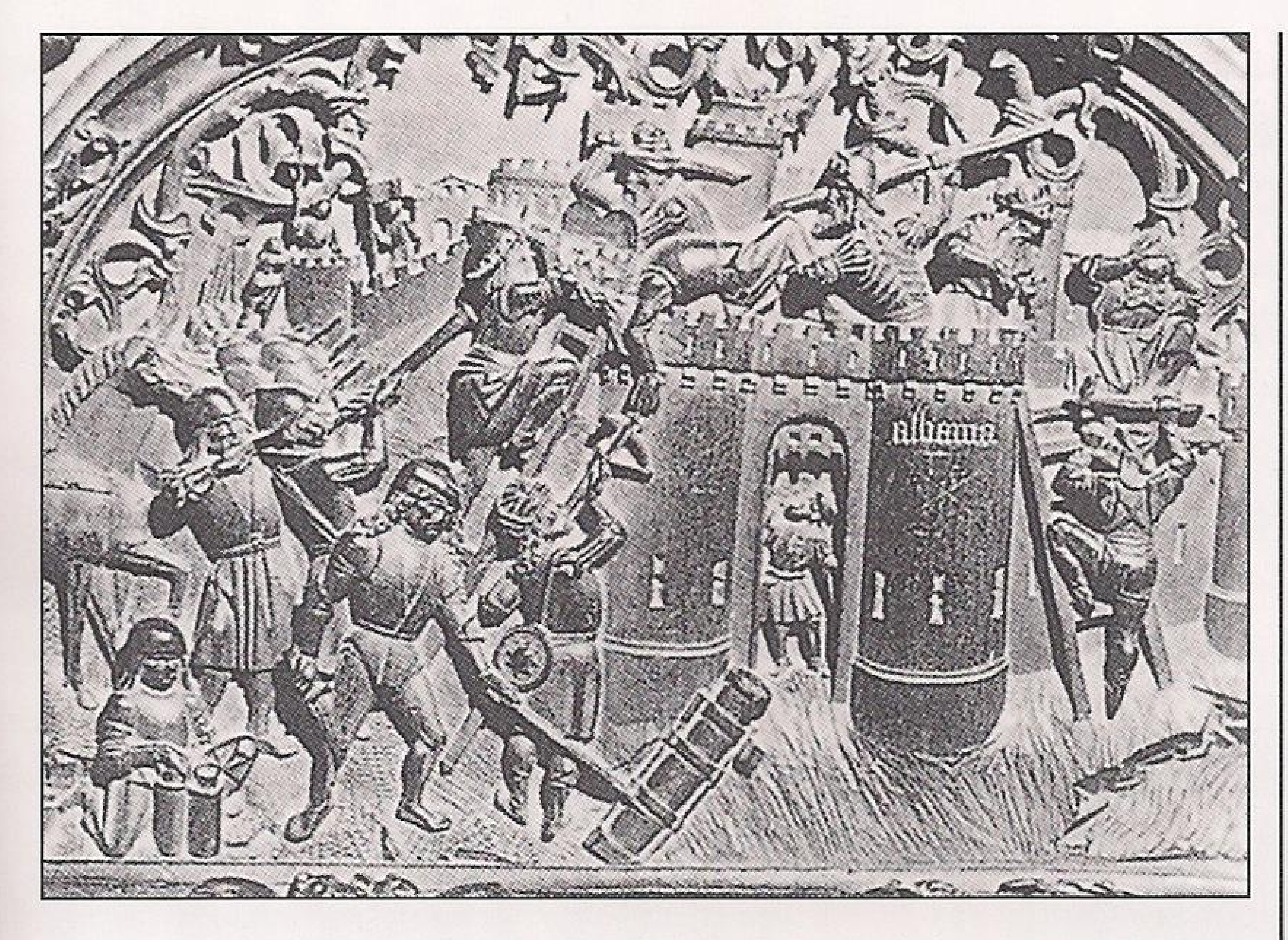
Su avance casi se convirtió en una procesión triunfante. Sólo tres estados italianos, Florencia, los Estados Pontificios y, naturalmente, Nápoles, se opusieron activamente a los franceses. La resistencia de Florencia fue rápidamente vencida y la ciudad fue ocupada el 17 de noviembre, lo cual hizo vacilar al ejército reclutado por la alianza napolitana-papal. La facilidad de la victoria francesa y los informes sobre la potencia de su nueva artillería persuadieron al papa Alejandro VI a que llegara a un acuerdo. El 30 de diciembre Carlos entró triunfalmente en Roma. Poco después un cuerpo napolitano fue derrotado en el valle del Volturno, y el 13 de febrero de 1495, a tambor batiente y con banderas desplegadas, Carlos entró en Nápoles. Misión cumplida.

No obstante, Carlos había atizado un fuego. Venecia y Milán, los estados más ricos de Italia, que hasta entonces habían evitado involucrarse, se alarmaron ante las ambiciones francesas. Junto con el papa, el futuro emperador Maximiliano, y España, formaron la Liga de Venecia para oponerse a los franceses, que con su comportamiento en Nápoles no se granjearon muchas simpatías, incluso entre los ciudadanos dispuestos a apoyar su reivindicación. A su debido tiempo Carlos se vio obligado a retirarse, y tuvo que librar la batalla de Fornovo antes de volver a la seguridad de los pasos alpinos, pero el avaricioso interés francés por Italia continuó bajo su sucesor.

Sicilia había sido reunificada con el reino de Nápoles en 1443 bajo Alfonso V "el Magnánimo" de Aragón, aunque ambos estuvieron de nuevo divididos tras la muerte de Alfonso en 1458, pues dejó Aragón y Sicilia a su hermano Juan II (padre de Fernando II), y el reino de Nápoles a su (ilegítimo) hijo Ferrante, ambos herederos siendo, naturalmente, miembros de la casa real aragonesa.

La expedición española de 1485, dirigida por Gonzalo Fernández de Córdoba con el título "virrey de Sicilia" se planeó para apoyar al rey de Nápoles contra los franceses. A pesar del exceso de guerreros en España después de la Reconquista y antes de la conquista de las Américas, era un ejército relativamente pequeño, con unos 5.000 soldados de infantería y 600 soldados de caballería ligera, en su mayor parte aguerridos veteranos de la cruzada de Granada. Para cuando llegaron, Carlos ya estaba de vuelta en Francia, pero había dejado considerables guarniciones en Italia, y en el primer enfrentamiento importante, en Seminara, las fuerzas españolas de Gonzalo Fernández de Córdoba fueron derrotadas. Este, casi su único fracaso, fue un tipo de batalla abierta que posteriormente sin duda trató de evitar, obteniendo resultados muy diferentes.

Las guerras eran más comunes que las batallas. "Las batallas no deciden ahora las disputas nacionales, y exponen los campos al saqueo de los conquistadores, como antes", escribió un contemporáneo. "Pues guerreamos más como zorros que como leones, y por cada batalla hay veinte asedios." Sin duda, se ganaron más guerras con asedios que con batallas, y en Atella, al año siguiente, Gonzalo Fernández de Córdoba empleó unas tácti-



Panel de madera tallada mostrando un asedio, encargado por el cardenal Mendoza, (Coro de la catedral de Toledo)

cas nuevas y eficaces combinando el sitio de la ciudad con una cobertura de caballería ligera móvil para derrotar a las fuerzas francesas, más numerosas, en el sur de Italia. A pesar de tener menos hombres, contaba con la ventaja de que las fuerzas aliadas de la Liga de Venecia tenían la superioridad naval. Córdoba explotó esto ingeniosamente, y con apoyo naval acabó con todas las guarniciones francesas restantes en dos años. En su última operación expulsó a los franceses de Ostia, el puerto de Roma, a petición particular del papa. (Córdoba volvería a demostrar su habilidad para las operaciones combinadas en Garellano).

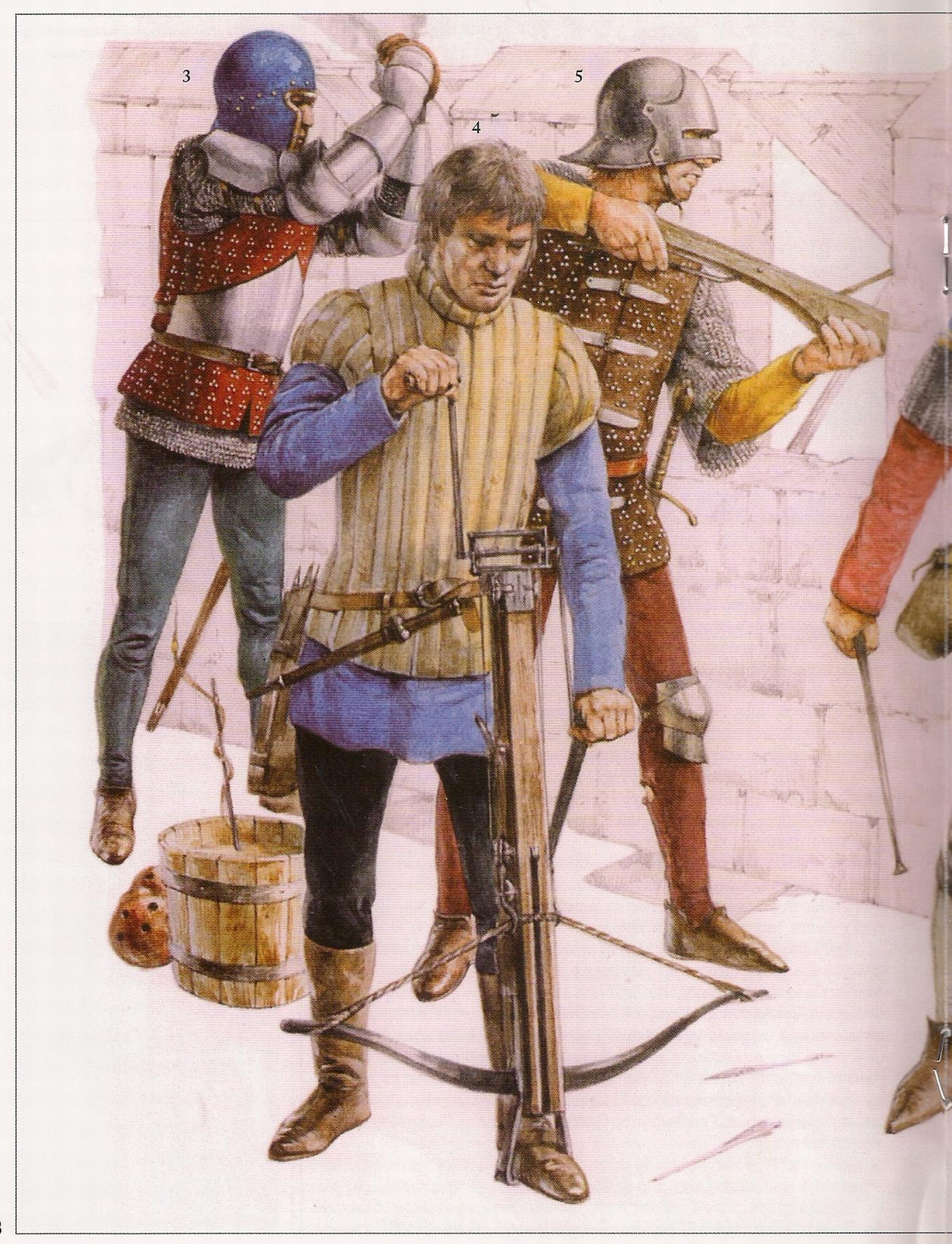
En 1497 se firmó un armisticio y al año siguiente Córdoba regresó a España, donde no tardó en participar en la represión de la revuelta de los musulmanes españoles, después de que las condiciones tolerantes del acuerdo de paz, que incluían libertad de cultos, fueran vergonzosamente abandonadas a favor de una política de persecución y coacción que casi destruiría el espléndido patrimonio de la España musulmana.

Entretanto, en un acuerdo que habría escandalizado a Maquiavelo, Fernando de Aragón y el nuevo rey de Francia, Luis XII, decidieron sacar partido de la situación en el sur de Italia repartiéndose Nápoles entre ellos, un plan confirmado en el Tratado de Granada (1500). Éste era su propósito sólo en apariencia, pues en realidad ninguno de los dos tenía la intención de cumplir con el acuerdo. Gonzalo Fernández de Córdoba, como virrey de Sicilia, fue nombrado para dirigir las fuerzas españolas en lo que un historiador llamó "esta coalición de ladrones".

Antes de desembarcar en Italia, Fernández de Córdoba estuvo al mando de una expedición combinada española y veneciana contra los turcos en la fortificada y montañosa isla de Cefalonia, a la altura de la costa occidental de Grecia, desde donde amenazaban a Sicilia. Durante este afortunado sitio contrató a un personaje notable, Pedro Navarro. Anteriormente conocido como un pirata exitoso, y después como un general igualmente exitoso y como conde de Olivetto, Navarro se había convertido en un experto en guerras de sitio, especializado en el uso de las minas. Esto fue sin duda lo que más interesaba a Fernández de Córdoba, con quien Navarro continuó sirviendo en Nápoles.

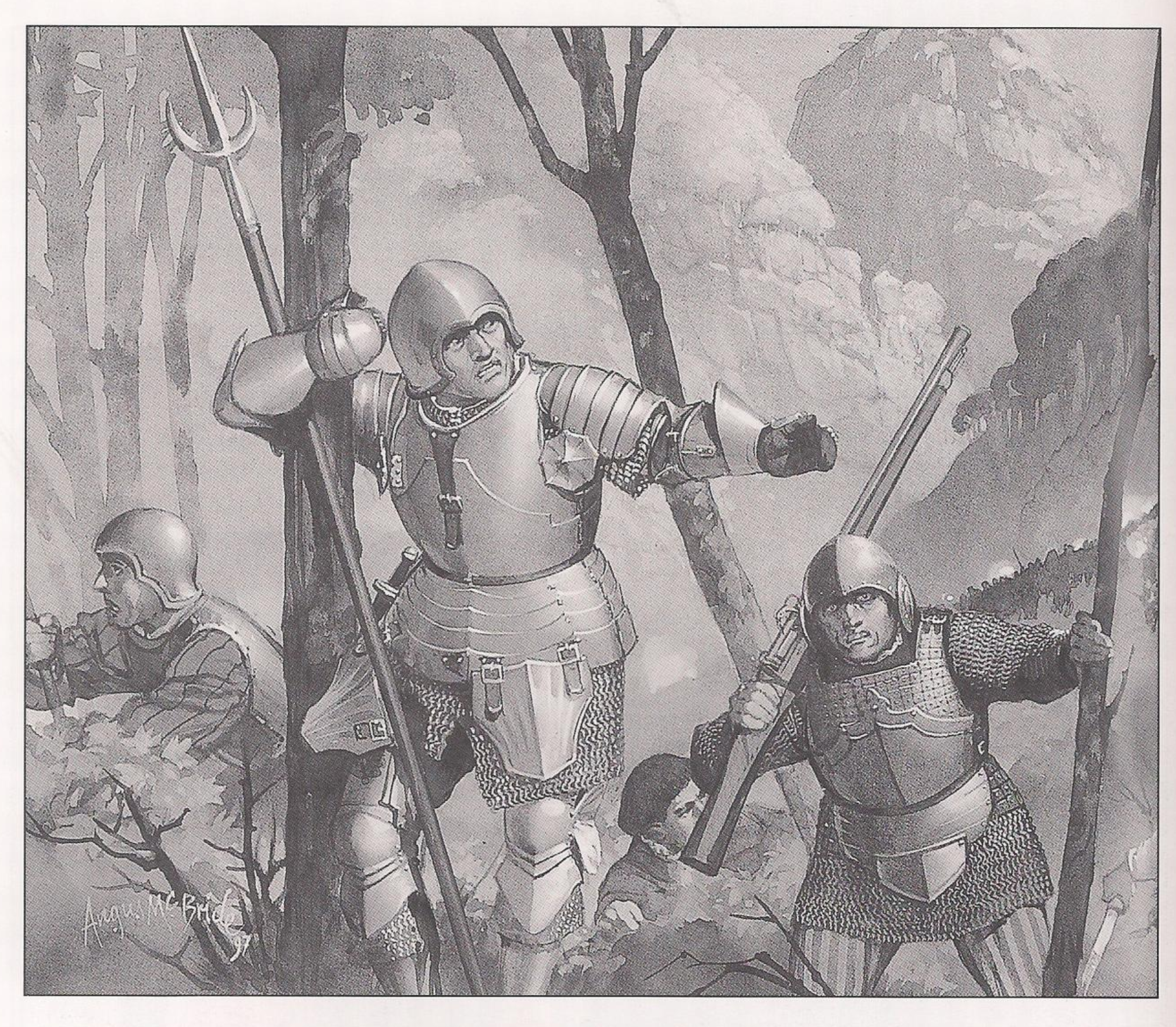
Ceriñola

Es fácil imaginar que a Córdoba no le entusiasmara demasiado el saqueo de Nápoles, cuyo rey era el hermano del gobernante anterior, su aliado con-


3
4
5



Guerra de sitio, h. 1480. (1) Tirador con una escopeta de chispa. (2) Alineador, empleado para ayudar a disparar armas de fuego grandes. Descarga la pólvora con una mecha de combustión lenta. (3) Petardero, empleado para arrojar tarros de barro rellenos de brea u otros combustibles y equipados con mechas de combustión lenta. Lleva una brigantina y un yelmo italiano forrado con terciopelo. (4, 5) Ballesteros. La potente ballesta era muy adecuada para las posiciones defensivas donde el arma podía recargarse relativamente a salvo.



Soldados españoles en acción en la campaña de Granada, h. 1490.

tra las fuerzas de Carlos VIII. Naturalmente, los españoles y los franceses se disputaron Nápoles, pretendiendo ambos apoderarse de todo el rico reino, y Córdoba, aunque dirigía un cuerpo mayor que el que tenía en su primera expedición a Italia, siguió siendo excedido en número por los hostiles franceses con sus mercenarios suizos.

Al principio se vio obligado a estar a la defensiva, en un campamento fortificado de Barletta, en el Adriático. Aguantó las mofas y los insultos de los franceses, que deseaban provocar un combate, y el descontento de sus propios hombres, igualmente ansiosos por enfrentarse con el enemigo, permaneciendo en su fortaleza mientras esperaba refuerzos. Mientras tanto, empleó a partidarios aragoneses en Nápoles como guerrilleros, emprendiendo ataques clandestinos en el campo y envió a sus patrullas a cortar las comunicaciones francesas donde era posible.

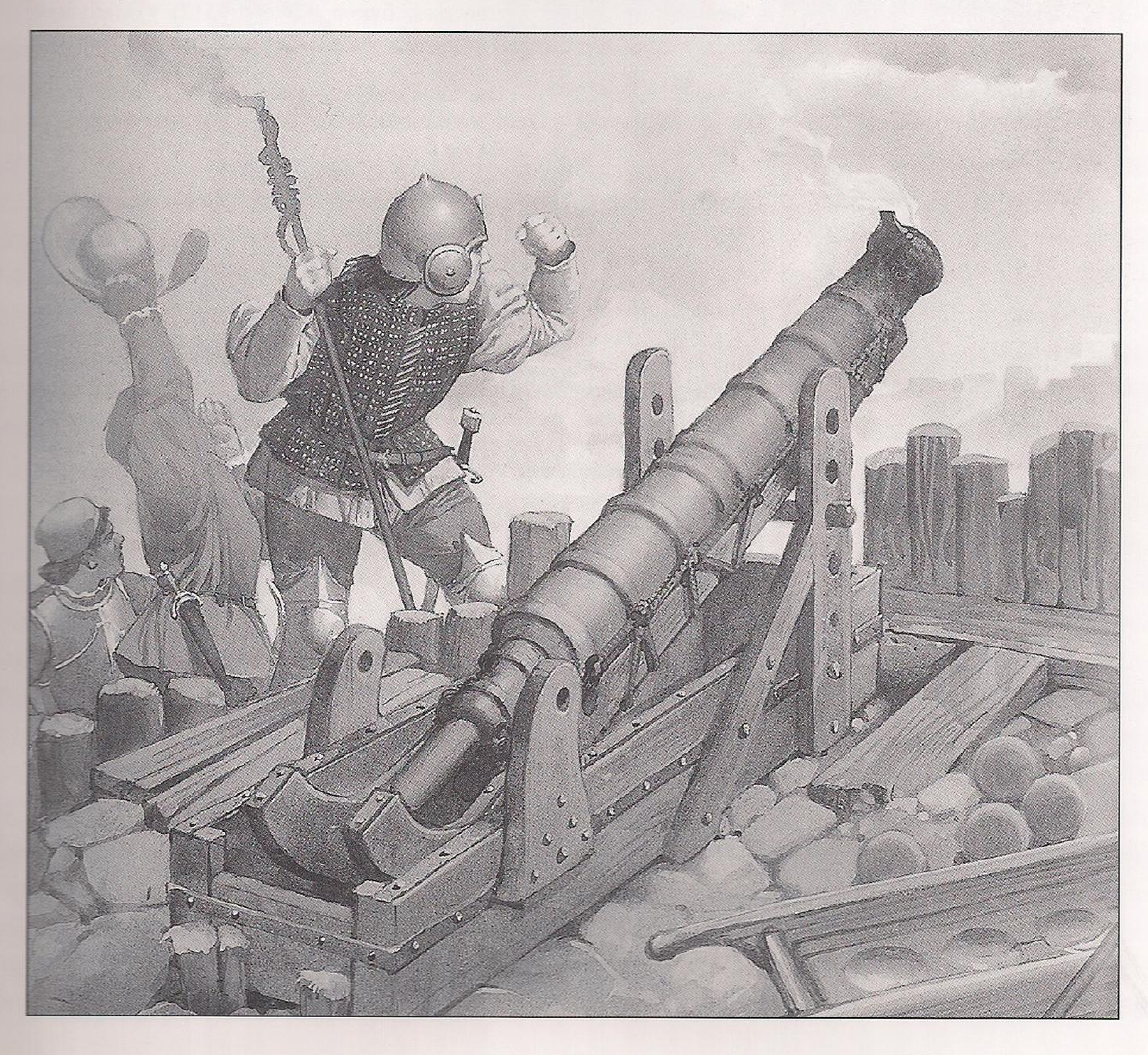
Los franceses, irritados por la demora y los daños causados por los ataques españoles, cometieron el error de dispersar sus fuerzas en una zona demasiado extensa en un esfuerzo por asegurar sus bases y sus suministros y, al mismo tiempo, los españoles recibieron en Barletta los refuerzos que Córdoba estaba esperando. Pasó en el acto de la inmovilidad defensiva al movimiento audaz y el ataque violento.

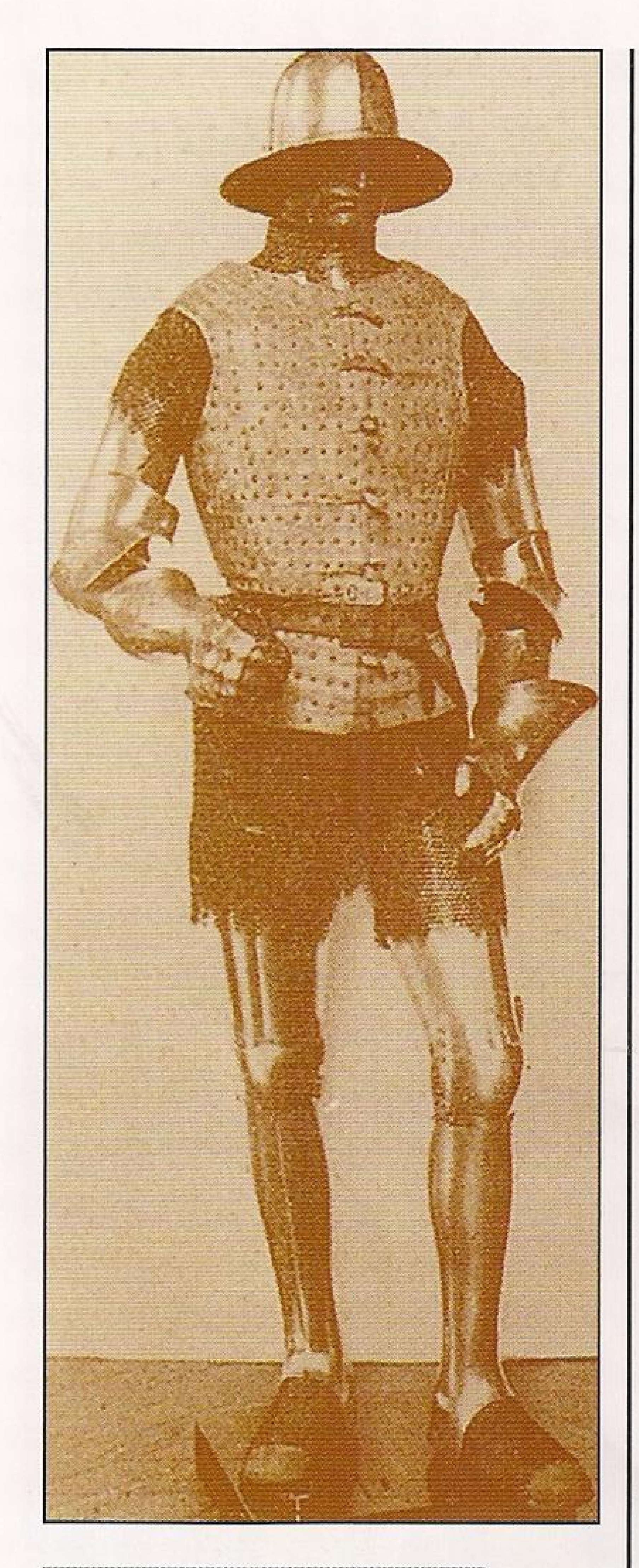
Salió de Barletta el 3 de abril de 1503 y emprendió un violento asalto al depósito de suministros francés en Ceriñola. Venció enseguida a sus

defensores, relativamente poco numerosos, y se apresuró a preparar una posición desde la cual pudiera asestar al enemigo un golpe mortal. Un arroyo atravesaba el campo, y los españoles lo ensancharon y lo hicieron más profundo, usando los escombros para improvisar un terraplén. Luego éste fue reforzado con algún tipo de alambrada que, aunque su naturaleza exacta es incierta (y probablemente el alambre no tenía puntas afiladas en forma de gancho), se podría considerar como un temprano predecesor del alambre de púas patentado por primera vez como "cerca para el ganado" a finales del siglo XIX. Los franceses estaban bajo el mando del duque de Nemours, que quería esperar hasta el día siguiente para atacar porque sus tropas estaban cansadas tras una larga marcha. Pero sus entusiastas capitanes, sedientos de acción, le persuadieron a que atacara de inmediato.

El ataque estaba encabezado por piqueros suizos, que figuraban entre la infantería más famosa de Europa, junto con hombres de armas franceses. Se tropezaron con el fuego concentrado de los arcabuceros españoles (que en el ejército de Gonzalo Fernández de Córdoba eran mucho más numerosos que los ballesteros, con los cuales estaban mezclados), disparando desde la protección de líneas de piqueros entremezclados con "hombres de

Artillería española en acción, h. 1490





Hombre de armas español de finales del siglo XV, equipado para el combate de caballería pesada "a la brida" (con los estribos largos).

espada y rodela" además de la zanja y el terraplén, y apoyados por pequeños cañones de campaña. En formación, los piqueros suizos habían demostrado desde hacía mucho tiempo que eran invulnerables, pero una vez perdido el orden y rota la falange, los piqueros, con sus largas y pesadas armas, estuvieron en desventaja contra los ágiles espadachines capaces de acercarse a ellos bajo sus picas. Se dispersaron desordenadamente. Un oportuno contraataque contra el flanco francés, por parte de la caballería ligera aragonesa, dirigida por el propio comandante español con su habitual estilo gallardo, selló una famosa victoria. El duque de Nemours fue uno de los que murieron en el combate.

La batalla de Ceriñola, a veces descrita como la primera batalla ganada con armas ligeras de pólvora, fue la victoria que le valió a Fernández de Córdoba su apodo de *El Gran Capitán*, un título que tanto sus amigos como sus enemigos reconocían que tenía plenamente merecido.

La batalla también fue un ejemplo de un nuevo tipo de lucha, en la que una batalla era dirigida más o menos de la misma manera que un sitio, con una trinchera como foco de la lucha, creando rápidamente un bastión de apoyo para los cañones y los mosquetes del ejército.

Otras dos batallas notables de este tipo, también protagonizadas por oponentes españoles y franceses, fueron Rávena (1512) y Marignano (1515). El ejército francés de Rávena comprendía numerosos mercenarios alemanes, que avanzaron con más de cincuenta cañones ligeros y provocaron a los españoles en una carga imprudente que fue rápidamente aplastada. No obstante, cuando los mercenarios alemanes atacaron después los "fuertes" españoles, donde los defensores tenían unos veinte cañones, se encontraron con una furiosa resistencia, y la victoria francesa sólo se consiguió después de traer unos cuantos cañones para atacar la retaguardia española.

Marignano fue algo parecido, sólo que las posiciones estaban invertidas: los franceses estaban atrincherados, pero las tropas suizas, que entonces luchaban por España, con su habitual capacidad de moverse con rapidez, lograron penetrar en la trinchera antes de que los cañones franceses pudieran producir mucho efecto. Aunque un contraataque les obligó a retroceder, volvieron a atacar a la mañana siguiente, cuando la artillería francesa operó más eficazmente y se originó un combate cuerpo a cuerpo. El punto muerto llegó a su fin con la llegada de un cuerpo veneciano que acudió en ayuda de sus aliados franceses. Atacaron a los suizos por la retaguardia y les obligaron a retirarse.

Estas dos batallas revelaron una incapacidad para adoptar nuevas tácticas que permitieran sacar partido de nuevos tipos de armas. Los cañones se asociaban tradicionalmente con las obras defensivas de campaña, y no se encontró la forma de utilizarlos para la ofensiva. Sin embargo, una década antes Fernández de Córdoba había empleado tácticas más eficaces con la potencia de fuego de sus tiradores. Incluso los intrépidos e impetuosos suizos acabaron aprendiendo a ser cautelosos a la hora de atacar a tiradores en una posición protegida.

No obstante, este método no tardó en ser abandonado, pues tenía un grave inconveniente. El lado atrincherado dependía del enemigo para atacar, renunciando así a la iniciativa. Si el enemigo decidía pasar de largo y hacer caso omiso del obstáculo que presentaban para saquear la región o atacar alguna ciudad indefensa, sus preparativos serían inútiles.

Garellano

En diciembre del mismo año (1503), a pesar de su considerable inferioridad numérica, Córdoba infligió otra derrota aplastante a los franceses con métodos muy similares en la batalla del río Garellano (un antiguo campo de batalla donde se había combatido por última vez durante el in-



(1) Hombre de armas español. Los soldados de infantería de España, muy bien armados y equipados, se convertirían en las tropas más temidas y eficaces de Europa. Éste lleva un capacete y un barbote para proteger su cuello. Su arma es una alabarda, diseñada para combatir la caballería. (2) Caballero italiano. A diferencia de la adornada armadura alemana la suya es tan desnuda y funcional como un avión militar moderno. Lleva unos guanteletes que le protegen las muñecas, unos grandes codales para proteger sus codos y un gran guardapeto que le cubre el hombro izquierdo y el cuello. (3) Tirador francés. Lleva una pequeña coraza de hierro sobre una brigantina cubierta con tela y en bandolera, un primitivo frasco para la pólvora y una *cinquedea italiana* (espada corta o daga grande). Todas las figuras son de finales del siglo XV.

Soldados españoles e italianos, detalle del arco de triunfo de Alfonso V en Nápoles, construido en la segunda mitad del siglo XV. (Fotografía: David Nicolle)

vierno de 1943-44). El comandante de las tropas francesas (en realidad, mercenarios en su mayor parte) era el marqués de Saluzzo, y el ejército de Córdoba, a pesar de la preferencia española por emplear tropas en un país que no fuera aquél donde habían sido reclutadas, incluía napolitanos.

La campaña de Garellano empezó cuando un nuevo ejército irrumpió en Italia. Gonzalo se encontró superado en número y obligado a estar a la defensiva. Bloqueó la carretera a Nápoles estableciendo una posición sobre el río Garellano. Los franceses hicieron un violento intento de cruzar pero los españoles les confinaron en una pequeña cabeza de puente. Como se acercaba el invierno, los franceses suspendieron sus operaciones y dispersaron gradualmente sus fuerzas lejos del río. Entretanto Gonzalo también retiró la mayor parte de sus hombres a unos cuarteles más cómodos. Pero la llegada de refuerzos le animó a tomar la ofensiva a pesar de la época del año. Mientras una parte de su ejército atacaba la cabeza de puente francesa, otra cruzó el río varios kilómetros aguas arriba, desbor-





Batalla de Garellano librada el 27 de diciembre de 1503 por los españoles bajo el mando de Gonzalo Fernández de Córdoba contra los franceses bajo el marqués de Saluzzo. (Grabado en acero del siglo XIX)

dando la posición francesa antes de que el enemigo pudiera reagrupar sus dispersas tropas. La precipitada retirada francesa se convirtió enseguida en una desbandada y la persecución española fue implacable. Un exitoso asalto a la principal base naval francesa en Gaeta hizo que España ganara entonces la guerra.

La victoria del río Garellano condujo a la expulsión de los franceses del reino de Nápoles, y Gonzalo permaneció allí como gobernador durante otros tres años. En 1504 la reina Isabel, su mayor patrocinadora, murió, y Fernando, aunque apreciaba su éxito y le concedió tierras y títulos y le cubrió de alabanzas, le admiraba menos y, como hubiera hecho cualquier otro monarca de la época, recelaba de un súbdito tan popular y por lo tanto poderoso. Aunque sólo tenía 53 años en 1506, cuando volvió de Italia en compañía del rey como duque de Sessa, a Córdoba no se le dieron muchas oportunidades de dar brillo a su fama más adelante. En 1512 fue nombrado Gran Condestable de Italia para salvar la situación después de que la Santa Liga organizada por el papa Julio II fuera derrotada por los franceses en Rávena, y hay que señalar que todos los mejores generales españoles del reinado del emperador Carlos V, rey de España desde 1516 hasta 1556, fueron pupilos o discípulos de Gonzalo.

El éxito de las armas de España en el siglo XVI estaba basado en la militarización de toda la sociedad, pero a Córdoba se le atribuye el mérito de incluir tácticas aprendidas de los musulmanes, los franceses y los suizos para formar su eficaz y flexible combinación de tiradores, cañones ligeros y piqueros. Ahora conocido por los expertos militares como el tercio, este tipo de formación se convirtió en la base del poder militar español. Una innovación notable en su época, no fue puesta en duda hasta que Maurice de Nassau y otros introdujeron desarrollos en las guerras holandesas de independencia. El tercio español no cayó en desuso hasta 1643, cuando fue superado por el peso del fuego de artillería en la victoria de los franceses en Rocroi.